

LA ACOGIÓ EN SU CASA

Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás, y María Magdalena. Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien el amaba, que estaba presente, dijo a su madre: «Mujer, he ahí a tu hijo». Después dijo al discípulo: «He ahí tu madre». Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa. (Jn 19, 25-27).

Tenemos ante nosotros uno de los eventos más importantes y también más conmovedores de la Sagrada Escritura. Jesús, ese hijo de Dios que se hizo de carne y hueso, antes de expirar sobre la cruz a la que subió voluntariamente para cargar con el pecado del mundo, realiza otro gesto mas de extrema relevancia. Afirma, y en cierto modo consagra, un vínculo nuevo y profundo entre las dos personas a las que se siente especialmente cercano: su Madre y Juan, ese discípulo que ocupa un lugar especial en su corazón.

De este modo, mientras Jesús muere en su cuerpo físico, inicia a dar vida a ese cuerpo místico que hallará en el nacimiento de la Iglesia su cumplimiento, pero que, de hecho, revela ya tres de sus componentes principales: Jesús mismo, del que todo toma su inicio; su Madre, que le generó dándole la vida y que ahora está llamada a divulgar esta tarea suya a mucha gente; y todos los demás hombres, aquí representados por Juan, que a través de la misma Madre podrán hallar un camino privilegiado para renacer a la vida. Un mensaje muy importante que María y Juan comprenden muy bien y al que se adhieren sin demora. De hecho, el Evangelio nos dice: «Desde ese momento, el discípulo la acogió en su casa».

Acoge ciertamente con inmenso amor a la madre de su amigo muerto, pero también es consciente de que, sin estar ya Jesús con ellos, el plan de salvación, en cierto modo, seguía obrando precisamente a través de esa mujer.

La tradición nos confirma que no se trató solo de un impulso inicial sino que María permaneció con Juan hasta sus últimos días. No sabemos si siempre en Jerusalén, o si posteriormente también en Éfeso. Hay indicios para estas dos hipótesis, a tenor de las indicaciones de la mística Santa Catalina Emmerich, cuando nos habla del importante hallazgo de la Casa de María, en Éfeso. En cualquier caso, Madre e hijo adoptivo permanecieron juntos hasta el momento de la Asunción de María al cielo tras su muerte; aquí son dos las teorías, y siempre validas. La otra es la llamada «dormitorio» de la Madre de Dios.

Queda claro que el mensaje es también para nosotros. Para nosotros que si estamos atentos, con seguridad podremos escuchar de nuevo, también hoy y en medio del mundo caótico en el que vivimos, esa sonora llamada que proviene de la cruz. Y que nos invita a cada uno de nosotros, como discípulos predilectos, ya que Dios ama infinitamente a cada uno, a tomar de la mano a María e invitarla a nuestra casa, es decir a lo más íntimo de nuestro corazón, al centro de nuestra vida. Esto, no porque no nos baste a Jesús para salvarnos, sino porque Ella, la Madre por excelencia, es la vía mas fácil y mas breve para hallar a Jesús. Para dejar que crezca dentro de nosotros día a día, precisamente como hizo ella durante esos nueve meses que le llevó en su seno. Y esto porque si Jesús es el único Mediador, María es la que abre y prepara el camino. Esta es su misión por naturaleza desde que se hizo historia para el mundo. Desde aquel «SÍ», que

permitió la reencarnación que luego Ella repitió durante su vida, incluso en los momentos mas difíciles, como al pie de la cruz, cuando el mismo Jesús reconoció su función. Luego, tras dos mil años, tuvimos confirmación de ello. La Iglesia, de hecho, siempre enseñó desde su inicio, cuan importante es la devoción a María Virgen. Devoción que se ha ido incrementando continuamente, enriqueciendo la liturgia que se le dedica, profundizando siempre mas en los aspectos que la caracterizan y proclamando hasta cuatro dogmas que enaltecen solemnemente la función importantísima de esta mujer judía en la historia y en la fe del Cristianismo.

En realidad, el pueblo cristiano siempre sintió una fuerte atracción por la Madre de Dios. Incluso cuando

poco o nada sabía acerca de teología o mariología. Lo hace simplemente ofreciendo a María esos sentimientos de confianza, de fe y de abandono que siente por la propia madre terrenal. Y esto, basado sobre un razonamiento sencillo y esencial: si su madre de carne, aún con sus limitaciones, mostró su amor grande de madre, ¡Cuánto mayor será el amor y el consuelo que podrá recibir de Aquella que es toda Santa y Madre de Misericordia! Por esto el pueblo ama y frecuenta asiduamente los lugares de apariciones y los santuarios que allí se construyeron.

Una costumbre esta última bien arraigada, que sorprende a muchos y que no cede un ápice aun en tiempos como los que vivimos, en los que la fe parece en grave crisis y en los que las iglesias se muestran siempre mas vacías. Los santuarios marianos, en cambio, reciben continuamente mas visitas. En verdad, un signo éste de gran esperanza: un signo de que en el corazón de la gente, a pesar de todo, una pequeña llama sigue ardiendo y que muchos, más allá de las engañosas apariencias, guardan aún un lugar para María en lo íntimo de su corazón.

Rosanna Bricchetti Messori

Extraído del Boletín de la Rosa Mística de Mayo de 2011